

# Presentación: Enseñar literatura infantil y juvenil

Ana Díaz-Plaja Taboada | Universitat de Barcelona

¿Qué significa *enseñar* literatura infantil? La literatura infantil, ¿se *aprende*? Ante la disciplina *literatura infantil y juvenil* (LIJ a partir de ahora) resulta dificultoso utilizar el término adecuado. Porque, si bien todos los niños conocen cuentos, canciones, personajes y temas de la literatura infantil, es evidente que no lo han aprendido en una asignatura. La familia, el entorno o la industria del entretenimiento facilitan a los niños todas las herramientas que necesitan para ser unos buenos conocedores del patrimonio literario adecuado a su edad: las nanas que se les cantan, los juegos que aprenden con sus amigos, los libros que les regalan, los espectáculos a los que asisten... Si hablamos de los conocimientos que cualquier niño tiene sobre la materia, deberíamos hablar de *adquisición*. Es decir, del ejercicio de aprehender algo sin la conciencia de estar aprendiéndolo, puesto que se integra en el devenir de una existencia de una forma más o menos natural.

Pongamos ahora el caso de esos mismos niños y adolescentes en la escuela. No existe ni en infantil ni en primaria ninguna asignatura que se llame «literatura infantil y juvenil». En consecuencia, tampoco podemos utilizar aquí el verbo *aprender* como aplicaríamos a las matemáticas o a las ciencias sociales. Los profesores no la enseñan de la misma forma que hacen con la *asignatura* de literatura (española universal), disciplina donde ciertos elementos históricos y metodológicos deben aprenderse y son susceptibles de formar las preguntas de un exa-

men. Los niños de primaria encontrarán la LIJ en algunos fragmentos de sus libros de texto. En ellos empezarán a desentrañar un lenguaje poético, unas estructuras narrativas que en clase leerán de forma intensiva. Se trata de lo que el Plan Lector de Centro (PLEC) denomina «aprender a leer». También encontrarán la LIJ en la biblioteca escolar, en el momento de la lectura extensiva: en la creación de un hábito lector, en las guías de los libros más leídos que confeccione el profesor, en los clubs de lectura que organice un bibliotecario activo... Se trata de lo que, en el PLEC, se llama «gusto por la lectura». Si la escuela o el instituto tienen un buen plan de lectura, una mejor biblioteca y unos óptimos mediadores, lo que harán estos niños y adolescentes será *familiarizarse* con la LIJ, ampliar su espectro lector a partir de una oferta lectora lo suficientemente amplia y aportar sus conocimientos literarios a la construcción de un itinerario lector cada vez más exigente, complejo y rico.

Los maestros comprometidos con este objetivo, ¿qué hacen exactamente?: ¿*enseñar* literatura infantil? De hecho, lo que hacen con la literatura infantil no tiene un término preciso, y deberíamos recurrir a la perífrasis para denominarlo. Se me ocurren algunas: *utilizar-en-el-aula-la LIJ; contar-con-la-LIJ-como-elemento-indispensable-para-la-creación; fomentar-la-lectura-a-través-de-materiales-adecuados...* Pero estos maestros sí que han de conocer un amplio repertorio de esta literatura, sus características,

su evolución histórica, sus ejes de influencia, sus formas de transmitirse. Y esto ha de articularse en una disciplina. Los alumnos de las escuelas de magisterio sí que deberán *aprender* LIJ

Todas estas cuestiones no son baladías cuando nos planteamos la formación de un docente en LIJ. Por primera vez en su vida, el futuro docente va a enfrentarse a una materia con la que se familiarizó en su infancia y juventud, de la que tiene algunas ideas y opiniones, pero que nunca ha estudiado de forma sistemática. Una materia en la que existen conceptos y metodología propios, campos complejos –literarios, icónicos, sociológicos, psicológicos– y prejuicios muy notables sobre el papel educativo e ideológico de los primeros libros para niños. No olvidemos, tampoco, que la va a estudiar en un contexto educativo –la formación docente– que favorecerá la idea de una literatura infantil utilitaria, al servicio de la educación

¿Qué deben plantearse los formadores de futuros docentes? Aquí sí que podemos hablar propiamente de *enseñanza* de la LIJ. El reto no es fácil y las dificultades, abundantes. Para los profesores de secundaria, formados en la filología, no existe ninguna asignatura de literatura juvenil. Afortunadamente, en los estudios de Magisterio, la asignatura de LIJ se ha convertido en troncal, para las especialidades tanto de Educación Infantil como de Educación Primaria. Y afortunadamente también, se ha encomendado a los departamentos de Didáctica de la Lengua y la Literatura. Pero –y creo que hay que decir *afortunadamente*– no existe una uniformidad en las formas de impartirla. Ni tampoco ningún modelo previo en el que inspirarse. Se trata de una disciplina de nuevo cuño, acogida al área de conocimiento de la didáctica de la lengua, y que participa en sus presupuestos

epistemológicos. Pero es, ante todo, literatura. Ha de suponer en los estudiantes que la aprenden un encuentro con los elementos propios de la tradición literaria. Y es, también, comunicación y requiere conocimientos sobre transmisión y recepción de mensajes estéticos. Su enseñanza es, pues, compleja. Y no hay unanimidad a la hora de determinar aspectos tales como qué elementos filológicos, históricos, conceptuales o educativos deben formar parte de los aprendizajes de los futuros docentes. Cuestiones tales como: ¿qué componente de clásicos y qué componente de literatura actual deben formar el corpus?, ¿en qué medida se deben dar a conocer los clásicos infantiles nacionales –y que cada uno interprete el término según su ideología– o universales?, ¿primaremos la narrativa sobre los otros dos géneros?, ¿qué papel juegan los medios por los que la LIJ llega a sus pequeños destinatarios?, ¿qué proporción de teoría y qué proporción de práctica de implementación en el aula deben tener los futuros docentes?, ¿han de conocer los aspectos de dinamización de una biblioteca escolar?, ¿y un plan de lectura?, ¿son ellos mismos buenos lectores?

A estas preguntas intenta responder este monográfico. Noelia Ibarra y Josep Ballester, de la Universidad de Valencia, trazan un itinerario de la materia, su ámbito de conocimiento y sus diversos avatares de implantación en los diversos planes de estudios de la carrera docente hasta llegar al momento actual. Cómo debería plantearse la asignatura de literatura infantil y juvenil como un eslabón entre los saberes del pasado y la actuación profesional del futuro es el tema que desarrollan Ana Díaz-Plaja y Margarida Prats, de la Universidad de Barcelona. María Victoria Sotomayor, de la Universidad Autónoma de Ma-

drid, se interroga sobre la enseñanza de los clásicos en la formación de los futuros docentes, así como las diversas acepciones y acotaciones del término. Los hábitos lectores de los estudiantes de Magisterio y su conocimiento del mundo literario es el fruto de la investigación llevada a cabo por los profesores de la Universidad Autónoma de Barcelona Teresa Colomer y Felipe Munita, así como una reflexión sobre las consecuencias que se derivan de la familiarización de los futuros docentes con el mundo de la lectura. Por último, Rosa

Tabernero, de la Universidad de Zaragoza, se extiende sobre los prejuicios y conceptos sesgados que aportan los estudiantes de Magisterio, para después proponer un método de trabajo que lleve a una reflexión extensa e intensa sobre la comunicación literaria.

Todas estas aportaciones, de orientación y alcance diverso, responden a un objetivo común: crear un campo de discusión sobre la docencia de la literatura infantil a los futuros maestros. A los lectores corresponderá valorar si lo han conseguido.

